

Emerge, memoria

KRK EDICIONES • TRAS 3 LETRAS • 60

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

LYNNE SHARON SCHWARTZ (ED.)

Emerge, memoria

(conversaciones con W. G. Sebald)

Traducción de CRISTIAN CRUSAT

© Lynne Sharon Schwartz, 2007

© traducción, Cristian Crusat, 2021

Fotografías de cubierta y guardas:

W. G. Sebald, «Steadfast and Enduring» y

«At the Greenhouse II»,

© Christian Scholz, Zurich 1997/2021

© de esta edición, Krk Ediciones

www.krkediciones.com

Álvarez Lorenzana, 27. Oviedo

ISBN: 978-84-8367-724-7

D.L.: AS-1922-2021

Grafinsa. Oviedo

Índice

Nota del traductor	9
------------------------------	---

EMERGE, MEMORIA

Agradecimientos	17
---------------------------	----

LYNNE SHARON SCHWARTZ

Introducción.	19
-----------------------	----

TIM PARKS

El cazador.	45
---------------------	----

Una conversación con ELEANOR WACHTEL

Un perseguidor de fantasmas.	73
--------------------------------------	----

Una conversación con CAROLE ANGIER

¿Quién es W. G. Sebald?	115
-----------------------------------	-----

Una conversación con MICHAEL SILVERBLATT

Un poema de asunto invisible	139
--	-----

MICHAEL HOFFMANN

Una fría suntuosidad.	157
-------------------------------	-----

JOSEPH CUOMO

Una conversación con W. G. Sebald 167

RUTH FRANKLIN

Anillos de humo 209

I 211

II 224

III 235

CHARLES SIMIC

Pacto de silencio 253

Una conversación con ARTHUR LUBOW

Cruzar fronteras 279

Biobibliografía de los autores, la editora y

el traductor 307

LYNNE SHARON SCHWARTZ

Introducción

La muerte de W. G. Sebald en 2001 a los cincuenta y siete años conmocionó sin duda a sus lectores, aunque también los dejó asombrosamente desamparados. En los pocos años transcurridos desde que en 1996 apareció *Los emigrados*, su primera obra traducida del alemán al inglés, se había convertido de manera subrepticia en un escritor indispensable; un escritor cuya pérdida no podíamos permitirnos. En mayor medida que cualquiera de los que escriben en la actualidad, fue un renovador. Sus ondulantes, hipnóticas frases (a pesar de su apariencia clásica) se alzan como paradigmas de la sensibilidad moderna, tanto de su revoltosa agitación como de su letargo. En sus ensoñadas narraciones —dispersas y, sin embargo, minuciosas— resuena la prolongada conmoción que nos dejó en herencia; no sólo la que emana de las guerras sobre las que aún guardamos memoria, sino también de

la memoria del siglo de colonialismo que las precedió: del «extenso recuento de calamidades» de la historia, en fin.

Renovó asimismo la historia: la mirada que arrojó sobre amplias fases del «con toda claridad crónico proceso de... empobrecimiento y degeneración» también propició que estas revivieran con desgarradora y lírica precisión. Su lenguaje y amplitud de miras entraban en lenta combustión, y a través del resplandor de esta combustión pudimos atisbar de dónde veníamos y adónde habíamos llegado. Incluso, en unos pocos oscuros y proféticos pasajes, hacia dónde nos dirigíamos: «Porque de algún modo sabíamos naturalmente que los edificios que crecen hasta lo desmesurado arrojan ya la sombra de su destrucción y han sido concebidos desde el principio con vistas a su existencia ulterior como ruinas». Hallé esto en su última novela, *Austerlitz*, que abrí por casualidad a mediados de septiembre de 2001 —una coincidencia en siniestra congruencia con las propias observaciones de Sebald sobre las casualidades que atraviesan el tiempo y el espacio, y sobre «los imponderables que gobiernan el curso de nuestras vidas»—.

El protagonista de *Austerlitz*, «encomendándole» el relato de su vida al narrador, comienza con una curiosa observación: «Toda mi infancia y juventud [...] no supe quién era en realidad». Sebald, pese a tener tanto en común con Jacques Austerlitz, en un sentido sí supo perfectamente quién era, a su pesar. En *Vértigo*, al escuchar a un puñado de alborotadores turistas alemanes debajo de su habitación de hotel en Venecia, piensa el narrador: «Y de hecho, durante estas horas de insomnio, no había nada que deseara más fervientemente que pertenecer a otra nación, o mejor aún, no pertenecer a ninguna».

Había nacido en Wertach im Allgäu, un pueblecito del sur de Baviera, en los Alpes junto a la frontera suiza. No conoció a su padre, oficial de la Wehrmacht, hasta que este regresó de un campo de prisioneros en 1947. Su mayor figura de apego fue el abuelo materno, un hombre bondadoso muy distinto al severo y apático padre, a quien nunca pudo perdonar su participación en la guerra y el silencio que sobre ella mantuvo. La muerte de su abuelo cuando Sebald tenía doce años representó un golpe del que dijo no haberse recuperado nunca.

Primero estudió Filología Alemana en la Universidad de Friburgo y luego en Suiza, pero su descontento (motivado en particular por sus profesores, antiguos nazis que nunca se referían al pasado inmediato) pronto lo impulsó a abandonar el continente a los veintiún años. Prosiguió sus estudios en Manchester y ya se quedó en Inglaterra. En el momento de su muerte, Sebald llevaba dando clases treinta años en la Universidad de East Anglia, donde fue también el primer director del British Centre for Literary Translation. Estaba casado y tenía una hija, la cual sobrevivió al accidente automovilístico en el que Sebald perdió la vida.

Sebald escribió en alemán, su lengua materna. Por uno de esos enigmáticos accidentes editoriales, el orden en el cual sus libros aparecieron en inglés no se corresponde con el orden en el que fueron escritos y publicados en alemán. En inglés, a *Los emigrados* (1996), que le valió el elogio casi unánime de la crítica a su entonces desconocido autor, le sucedió *Los anillos de Saturno* en 1998, *Vértigo* en 1999 y *Austerlitz* en 2001. El extenso poema *Del natural*, que Sebald describió como su primera aventura en el ámbito de la escritura no académica, apareció

póstumamente en 2002, y *Sobre la historia natural de la destrucción*, articulado a partir de una serie de conferencias que leyó en Zurich en 1997 sobre la destrucción de las ciudades alemanas en la Segunda Guerra Mundial y el enfoque de ese asunto —o, desde su perspectiva, la falta de enfoque— por parte de los escritores alemanes de posguerra, apareció en 2003. *Campo Santo* (2005), una colección de ensayos sobre sus visitas a Córcega, así como sobre varias figuras literarias, se editó después de su muerte.

En alemán, *Del natural* se publicó en 1988. Se compone de tres secciones: variaciones ficcionalizadas en torno a las vidas de Matthias Grünewald, el pintor alemán del siglo XVI; Georg Wilhelm Steller, el botánico del siglo XVIII; y el propio Sebald. Con respecto a su obra narrativa, si se lee en el orden en el que fue compuesta, *Vértigo* —con sus vuellos de la invención propulsados a partir de las vidas de Stendhal, Kafka y Casanova— revela el retorcido y asociativo método de Sebald a una escala relativamente pequeña, con excepción de la extraordinaria sección final, que gira en torno a la visita del narrador a su Baviera natal, cuyo regreso abunda en la descripción de la vida de pueblo y de unas sensa-

ciones parecidas a las que debió de haber conocido el autor, de niño, durante la posguerra.

Los emigrados, que escribió a continuación, profundiza en el tema principal de Sebald: el exilio y el desplazamiento; cada una de sus cuatro secciones está protagonizada por personajes que se vieron obligados a abandonar Alemania —tres por ser judíos y uno por razones personales más sutiles—. Tres de las cuatro historias terminan en suicidio. Lejos de mitigar su efecto, cada muerte, dentro de esa gran sucesión de pérdidas, añade gravedad al dolor de la siguiente.

En *Los anillos de Saturno*, en mi opinión el mejor libro de Sebald, da rienda suelta a su imaginación y sus inclinaciones digresivas alcanzan un punto extremo —casi cómico—. El arremolinado itinerario de su pensamiento es hechizante: en caso de que el lector esté dispuesto a entregarse, la sensibilidad del autor lo conducirá a través de aún más enmarañadas y angustiadas historias de decadencia, entropía y destrucción. La novela se enmarca en una excursión a pie por el este de Inglaterra; la búsqueda inicial del cráneo de Sir Thomas Browne (el autor del siglo XVII de *El enterramiento en urnas*) que empren-

de el narrador lo encamina de forma enrevesada a una meditación sobre Joseph Conrad, las atrocidades belgas en el Congo, la ejecución de Roger Casement, Swinburne y Edward FitzGerald, y finalmente se vuelve sobre el cultivo de la seda en China y su difusión por Europa en la época de la Ilustración.

El relato de la promoción de la industria de la seda por parte del Tercer Reich, como tantas otras cosas en la obra de Sebald, se convierte en una metáfora de lo indecible. La cría del gusano de seda, según los nazis, instruiría sobre las «medidas básicas necesarias en la labor de la cría humana del control de producción, selección y exterminio para evitar la degeneración racial». Prosigue con la descripción de cómo se liquidan los capullos con vapor de agua: «Cuando se ha acabado con una tanda se continúa con la siguiente, hasta que toda la operación de la matanza haya quedado concluida». Como señaló André Aciman en un ensayo de 1998, «Sebald nunca menciona el Holocausto. El lector, mientras tanto, no piensa en otra cosa». (Esto lo escribió antes de la publicación de *Austerlitz*, donde Sebald dedica varias páginas a una minuciosa descripción del campo de Terezín).

Austerlitz es lo más cerca que estuvo Sebald de escribir una «auténtica» novela, con un protagonista decidido a resolver los misterios de un pasado perdido. Nacido en Praga, Jacques Austerlitz fue evacuado en tren a los cuatro años, junto a otros niños judíos, para huir de la guerra. Lo cría una pareja galesa calvinista cuya expresión de las emociones es glacial; en el silencio y la severidad de ese asfixiante hogar, «olvida» sus primeros años (de la misma forma que la Alemania de la juventud de Sebald se las arregló para «olvidar» su pasado inmediato). Cuando el «vórtice del tiempo pasado» se vuelve demasiado turbulento, sufre una crisis nerviosa: «En realidad no tenía memoria ni capacidad intelectual, ni una verdadera existencia [...]. Durante toda mi vida sólo me había ido extinguiendo y apartando del mundo y de mí mismo».

A pesar de incluir algo semejante a una trama, *Austerlitz* es tan meditativa como era de esperar, digresiva, carente de artificios dramáticos y refractaria a los procedimientos de la novela realista, un género frente al que Sebald sentía impaciencia, incluso desprecio —como se verá en las entrevistas—. *Austerlitz* es mi libro favorito después de *Los*

anillos de Saturno, tal vez porque, como novelista, disfruto viendo cómo Sebald renueva el género bajo las condiciones que él mismo impone. Algunos críticos, sin embargo, incluido Arthur Lubow en una de las entrevistas aquí incluidas, perciben en *Austerlitz* «la fricción entre la nada convencional mente del autor y la muralla genérica levantada a base de convenciones». Y Michael Hofmann encuentra la historia «inevitablemente trillada».

Como muchos escritores geniales, Sebald gravita siempre alrededor de los mismos grandes temas. Su favorito es el raudo despliegue de cada empeño humano y su larga y despaciosa muerte, causada por un desastre natural o por un desastre que provoca el hombre, y que se salda con un sinnúmero de vestigios que merecen una atenta lectura, por no hablar del inmenso sufrimiento humano. Sus ideas sobre el tiempo hacen posible esta visión panorámica. Como los espectrales caminantes de sus novelas —todos ellos facetas de un prisma que no es sino el propio Sebald—, concibe el tiempo como una plástica, irregular, subjetiva «inquietud de la mente». Sólo nuestro pánico lo ordena tozuda-

mente por medio de los movimientos de los planetas. Pasado y presente pueden ser o no simultáneos, pueden detenerse o arrancar con los erráticos espasmos de la mente, de la memoria. ¿Por qué no tenemos «citas en el pasado» tal y como las tenemos en el futuro? Pero en nuestra amnesia colectiva, suprimimos el tiempo a medida que avanzamos, olvidando aquello que nos define. Él no ha olvidado; amontona las esquirlas para avivar nuestro recuerdo. Y mediante un indescifrable juego de manos, mientras reúne las cosas y las vuelve más nítidas, les imprime el esplendor del misterio.

El narrador de Sebald es un vagabundo que recorre en tren las ciudades italianas o la periferia de Nueva York, que camina por los yermos confines de la campiña inglesa mientras explora la historia de cada asentamiento por el que pasa. Se suceden noches de insomnio y desesperación en lúgubres cuartos de hotel, a menudo bajo los efectos de un colapso físico o emocional. A donde quiera que viaje, encuentra calles y carreteras extrañamente vacías, ni un alma en los alrededores. Descubre apariciones, figuras surgidas de la historia. Visita museos abandonados, «colecciones de rarezas»; fotogra-

fía paisajes, calles, monumentos, facturas. En los libros de Sebald se diseminan evocadoras fotografías en blanco y negro que convocan la presencia de la muerte, de lugares desaparecidos, y que funcionan asimismo como pruebas de su paso.

Como el autor, el narrador es alemán y abandonó joven el hogar familiar. Al regresar al pueblo donde nació, revive la ansiedad, y aun la repulsión, que le movieron a marcharse de allí. «Noté cada vez más que el letargo espiritual que me rodeaba y la pérdida de memoria de los alemanes, la habilidad con que todo lo habían borrado, empezaban a atacarme la mente y los nervios». A veces visita a un viejo amigo o simplemente se acuerda de él, y escuchamos la historia del amigo, muy parecida a la suya y con una voz semejante. Todos los personajes de Sebald suenan como el narrador. Como explica en la entrevista de Arthur Lubow, «todo pasa a través de esta figura narrativa. Las cosas son tal y como las recuerda, así que adoptan su estilo».

Entre los incesantes ejemplos de «la insaciable ansia de destrucción», la más imperiosa es la que se refiere al daño físico y metafísico de la guerra llevada a cabo por el Reich. Con la envolvente sospecha

de que algo se le ha escamoteado y el consiguiente sentimiento de alienación —un asunto al que vuelve una y otra vez en las entrevistas—, apenas sorprende que Sebald se convirtiera en el cronista de los desplazados, de los exiliados, de aquellos que imaginan, como Jacques Austerlitz, que viven una vida equivocada, que notan a su lado la compañía de un fantasmal gemelo.

Sebald tuvo mucha suerte con sus traductores al inglés: Michael Hulse y Anthea Bell, con quienes colaboró estrechamente y cuyo trabajo no debió de ser sencillo, dadas la longitud y la elaborada arquitectura —que podría calificarse como barroca, incluso perversa— de sus frases. Michael Hulse tradujo *Los emigrados*, *Los anillos de Saturno* y *Vértigo*. Anthea Bell, *Austerlitz*, *Sobre la historia natural de la destrucción* y *Campo Santo*. El poeta Michael Hamburger, amigo de Sebald y personaje en *Los anillos de Saturno*, tradujo los poemas de *Del natural* y *Sin contar* (también publicado de forma póstuma). Los tres han hecho posible que los libros se lean como si hubieran sido concebidos y escritos en inglés; no cabe mayor logro para un traductor.